IRONIA Y HUMOR EN «SOBRE HEROES Y TUMBAS»

En un libro de atmósfera trágica, cargado de oscuridad, pleno de angustias y búsquedas metafísicas, de espantos reales e imaginados, de crímenes sin nombre, parece difícil que haya lugar para el humor. Lo hay, sin embargo, y es así como encontramos en la obra pasajes irónicos, sarcásticos y satíricos, que suponemos deben cumplir una función en ese complejo universo narrativo. A su estudio y explicación van dirigidas estas páginas. Primero haremos un examen de esos pasajes; señalaremos la deuda de muchas de esas ideas con otras del mismo Sábato; también acotaremos la relación directa o indirecta con circunstancias culturales, históricas, políticas de las décadas de los cincuenta y los sesenta y aun con períodos anteriores de la historia social y política argentina. Después trataremos de hallarles un sentido, de situar esos oasis de aparentes sonrisas en el marco de la novela a la que pertenecen.

Antes de comenzar la lectura de los textos será conveniente sintetizar las ideas sobre lo cómico y la risa que han guiado estas páginas. Ha sido A. Stern quien, a partir de una teoría axiológica, ha demostrado por qué la risa puede destruir valores (1). Se ha definido el valor de una cosa como su propiedad de ser deseable. Y el hombre es el único ser que se mueve simultáneamente en dos mundos distintos: *a)* el de los valores (éticos, políticos, estéticos, intelectuales, económicos, etc.), que siempre corresponden a y existen en su ámbito; *b)* el de no-valor, que es todo lo exterior y no relacionado con el hombre (la naturaleza, las cosas, etc.). El hombre es el único ser portador de valores y aquel por el cual y para el cual los valores existen.

Fue Bergson quien señaló que la risa y lo cómico sólo aparecen en la esfera de lo humano. No hay nada cómico fuera del hombre o de la esfera de su presencia, directa o indirecta. Un paisaje, un ob-

(1) Alfred Stern: *Philosophie du rire et des pleures* (París: PUF, 1949), ha estudiado numerosos testimonios sobre el tema, desde Platón y Aristóteles hasta Bergson. Las páginas y citas remiten a este penetrante estudio.

jeto, un animal, apartados de lo humano, no pueden ser cómicos. Debe establecerse una relación entre ese paisaje, animal u objeto, y el hombre, para que haya comicidad. Y esto es porque lo cómico supone siempre la presencia de lo axiológico, de un valor aludido o denigrado, devaluado o ensalzado, como motivo de la risa. Cuando un hombre resbala en la calle y se cae, reímos porque se ha producido la irrupción de lo mecánico en la vida (Bergson). Pero, según Stern, la risa es una forma de sanción ante la pérdida de valores que el hombre sufre al aparecer como sometido a las leyes físicas. Lo mecánico es un dominio exento de valores. Lo vital (= la vida humana), tal como se manifiesta en el hombre, es la fuerza creadora de los valores intelectuales y morales. La naturaleza es un mundo sin valores. La irrupción de lo mecánico en la vida produce un vacío de valores, un vacío axiológico en el interior del mundo de los valores. La consecuencia es un deslizamiento, una degradación de valores. Esta es la verdadera causa de la risa, Cuando una persona da la impresión de ser una cosa, un mecanismo (recuérdese ciertos famosos *gags* del cine, por ejemplo, o los gestos de autómata de ciertos actores de farsa), sus valores aparecen como degradados; nuestra reacción de risa ante ese espectáculo nace de la conciencia de una degradación axiológica. «La risa se comprueba así como un juicio de valor, un juicio de valor negativo concerniente a una degradación de valores» (Stern, p. 41).

La risa es un juicio instintivo, que no se expresa en palabras, sino en sonidos inarticulados, pero todo el mundo lo comprende e interpreta de modo justo en cada caso concreto. Este principio axiológico para interpretar la risa como la reacción ante una degradación de valores se manifiesta como *reversible,* en el sentido de que la risa no sólo es provocada por una degradación axiológica, sino que ella puede provocarla, producirla allí donde esa degradación no existe. La risa es algo activo, no pasivo, y en muchos casos reír puede ser una forma de provocar, de inducir a una devaluación de valores existentes. Cuando nos reímos de una cosa que no es cómica, buscamos degradar su valor. «El ridículo mata», decimos, y es evidente que la risa mata moralmente, axiológicamente; la risa puede matar valores.

Si nos reímos de una persona seria o de su obra, que no tiene nada de cómico, esta persona se enfada. Ella no sabe bien por qué; pero tiene razón en enojarse. «Porque la risa no provocada por una degradación de valores, busca provocarla...» (Stern, p. 42). Esta risa persigue provocar, frente a los demás, una degradación moral o intelectual de la persona o la obra de esa persona. Este es el sentido

profundo de tanto chiste político o intelectual; y esta es la razón de las reacciones a veces feroces que es capaz de provocar...

Si una persona reconoce haber hecho algo idiota, tonto o sin sentido, no se enfadará (si es inteligente), porque tratará de reír con los demás; en este segundo caso ella misma sabe que ha provocado —sin quererlo— una degradación de valores.

¿Por qué consideramos una risa no provocada como malintencionada? Porque la risa puede poner en peligro lo que designamos como la existencia moral de una persona, su existencia axiológica. Esa risa no provocada ha puesto en peligro el conjunto de valores que esa persona representa o encarna. Así se entiende el llamado «buen humor» o «sentido del humor» de tantos escritores de la extrema derecha: es un arma de buen filo en la lucha ideológica. Y así se entiende por qué, en años recientes, tantos números —a primera vista inocentes— de revistas como *La Codorniz* o *Hermano Lobo* fueron prohibidos en España... Estos valores no son sólo morales; pueden ser estéticos, políticos, religiosos, intelectuales. Al crear, por una risa no provocada, la ficción social de una degradación de valores, atacamos el valor o el conjunto de valores que representa una persona o su obra, o sus creencias, a los ojos de la sociedad, y ponemos así en peligro su existencia axiológica en el seno de esa sociedad...

Todo incidente, todo suceso que llama nuestra atención de un valor sobre un no-valor, es por sí mismo cómico y provoca nuestra risa. Presenciamos, por ejemplo, una representación de *La vida es sueño.* En un momento cumbre de la pieza, Segismundo estornuda, o tropieza y se cae. Todos los espectadores estallan en risas. De pronto, el portador y representante de lo trágico y lo metafísico, aparece como un ser biológico, sometido a los dictados de la naturaleza; o de la mecánica. Lo metafísico abatido por la fisiología o lo mecánico. Esa caída, esos estornudos, destruyen un valor que ese personaje-actor, Segismundo, encarnaba y representaba. Al reír, el público, que representa a la sociedad, castiga a ese actor por lo que acaba de hacer (o por lo que ha permitido que suceda): ha amenazado valores que esa sociedad considera muy altos. Y lo castiga porque la sociedad está celosa de conservar intactos esos valores. La risa de la sociedad contra el actor le recuerda a éste que debe cuidar y conservar bien en alto e intactos esos valores. Esa risa es un castigo social. La risa, aquí, expresa un juicio instintivo de valor negativo. «Son cómicos todos los incidentes y todo procedimiento (gestos mecánicos, muletillas, deformaciones, caídas circenses, etc.) que llaman nuestra atención de un valor sobre un no-valor, o de un valor intrín-

seco sobre un valor instrumental; en ambos casos equivale esto a una degradación de valores que provoca el juicio instintivo de valor negativo que es la risa» (Stern, p. 47).

Pasemos ahora a la novela. En el capítulo VII de la segunda parte («El dragón y la princesa») aparece súbitamente Quique, que entra de rondón en la perspectiva de Martín (uno de los protagonistas de la obra) y que reaparecerá más tarde, en el capítulo XX de este apartado (2). Como indicó A. Dellepiane, «Irrumpe en el libro con el alemán del gracioso en la Commedia dell'Arte o del bufón en el teatro isabelino: con grotescos movimientos y cómica adulación» (3). Quique se autopresenta con palabras y gestos que crean en su torno una atmósfera humorística. Primero se describe físicamente, con una visión devaluadora e irónica de sí mismo:

> —Como decía la Popesco en *L'habit vert: je me prostitu a vos pieds.*
>
> En seguida se dirigió a Martín y lo examinó como a un mueble raro...
>
> —Usted me mira con asombro y tiene toda la razón del mundo, joven amigo —dijo con naturalidad—. Le explicaré. Soy un conjunto de elementos inesperados. Por ejemplo, cuando me ven callado y no me conocen piensan que debo tener la voz de Chaliapin, y luego resulta que emito chillidos. Cuando estoy sentado, suponen que soy petizo, porque tengo el tronco cortísimo, y luego resulta que soy un gigante. Visto de frente, soy flaco. Pero observado de perfil, resulta que soy corpulentísimo.
>
> Mientras hablaba demostraba prácticamente cada una de sus afirmaciones (p. 191).

Este introito persigue instaurar una atmósfera irónica, devaluadora de su misma persona y, al permitirse hablar así de él mismo, por extensión y analogía, apuntan a dejarle libre el campo para devaluar a los demás... Este introito será seguido de una sarcástica crítica a una representación teatral de aficionados que Quique ha presenciado la noche anterior. Mientras se ríe de los actores y de una de las actrices (que conocen quienes lo escuchan), llamada Cristina, ésta llega a la tienda en que están hablando. Quique, sin tran-

---

(2) Todas las referencias y citas remiten a *Sobre héroes y tumbas* (Barcelona, Seix Barral, 1979); primera edición, 1961. Y a *Obras. Ensayos* (Buenos Aires, Losada, 1970), que contiene: *Uno y el universo* (1945), *Hombres y engranajes* (1951), *Heterodoxia* (1953), *El escritor y sus fantasmas* (1963).

(3) Angela B. Dellepiane: *Ernesto Sábato. El hombre y su obra* (New York: Las Américas, 1968), p. 240. Se analiza en este libro el uso de ciertas formas lingüísticas en Quique (*realizar*, por ejemplo), y las mayúsculas irónicas en Quique y Fernando. También estudia a Molinari y ha formulado plausibles hipótesis y puntos de vista sobre el sentido de lo humorístico en la obra. Volveremos sobre esto.

sición alguna, la saluda con efusivo y falso cariño y la felicita por lo mismo que acaba de criticar desdeñosamente (pp. 191-196). Ahora se inicia el tercer momento de esta escena: Quique, hipócritamente, comenta a Cristina la representación, los actores, la obra de los teatros independientes; y lo que a primera vista aparece como un comentario amistoso y hasta positivo esconde, en el fondo, una intención irónica (4). El aparente elogio del vestido de Cristina, de su tarea como actriz, de la compañía con la que trabaja, persigue simplemente reírse de ella... y de los que con ella trabajan en el teatro. La ironía de Quique va dirigida, por elevación, a ser comprendida por los otros. Las apenas contenidas reacciones de risa de quienes presencian la escena (Wanda y Alejandra) permite verlos como el eco aprobatorio del que habla. La aparente amistad de Quique está cargada de veneno; la ironía se convierte en sarcasmo. La risa en destrucción de valores. Quique apela, con Cristina, a lo que en la Argentina se ha denominado *titeo:* reírse de una persona inocente, tonta o fatua, haciéndole creer que se la está elogiando. El titeo supone un público que, al presenciar el diálogo, está al tanto de la intención devaluadora del que habla. Y lo peor —lo más desagradable de este tipo de chanza— es esa degradación axiológica compartida que se hace a costa de quien no ha advertido qué está en verdad ocurriendo (5).

La segunda aparición de Quique, en el capítulo XX, reitera algo ya dicho por el mismo personaje, pero ahora acentuado: destacar el prestigio social de los apellidos franceses en la Argentina, frente a los de origen italiano (léase el pasaje anterior en la novela, y se verá que Quique se ha reído tanto de los apellidos italianos como de los de origen judío):

---

(4) Cuando Quique hace sarcasmos sobre los teatros independientes e ironiza con respecto a la mala calidad de sus actores, se ríe de sus ideas humanitarias y socialistas, de la insistencia en representar a O'Neill, de la pésima calidad de sus salas y del teatro que hacen, está plagiando ideas del mismo Sábato. Véase de este último: «No se puede hacer teatro de verdad con aficionados», *Platea,* Buenos Aires, 5 de octubre de 1952. Es importante señalar que fueron esos teatros los que lograron revitalizar y renovar la vida teatral argentina durante los años 1940 a 1960. Ver José Marial: *El teatro independiente* (Buenos Aires, Alpe, 1955); E. Agilda: *El alma del teatro independiente* (Buenos Aires, Intercoop, 1960), etc.

(5) David Viñas: *La crisis de la ciudad liberal. Laferrère* (Buenos Aires, Siglo Veinte, 1973), ha llevado a cabo un análisis del *titeo* y su relación con la vida de club, así como ha examinado los componentes sociales y psicológicos que supone (carga de agresividad personal, clasismo y dominación, etc.), véase cap. VII, pp. 93-106. Cuando terminamos de leer el pasaje en el que Quique se burla de Cristina, mientras los que presencian la escena apenas pueden reprimir la risa, sentimos lo mismo que ya señaló un crítico al hablar del titeo en una obra de Laferrère:

«... al bajar el telón se sufre una impresión de malestar, como cuando, a pesar nuestro, nos hemos reído de una cosa triste, de una imperfección física o de una deformidad moral», página 96 de la obra de Viñas.

> Si en este país vos te llamás Vignaux, aunque tu abuelo haya sido carnicero en Bayona o en Biarritz, sos bien. Pero si sobrellevás la desgracia de llamarte De Ruggiero, aunque tu viejo haya sido un profesor de filosofía en Nápoles, estás refundido, viejito: nunca dejarás de ser una especie de verdulero... (p. 256).

A esto agrega Quique una teoría humorística (pero seriamente humorística, porque Quique siempre se mueve en una buscada ambigüedad que instala todas sus afirmaciones en esa zona nebulosa de lo serio y lo cómico, lo cual le permite degradar valores con cierta impunidad aparente), sobre los peligros sociales de la inmigración y los casamientos indiscriminados:

> Porque con la cosa de las cruzas y la emigración el país está expuesto a Grandes Peligros. Ahí tenés el caso de Muzzio Echandía. Un día María Luisa se vio obligada a decirle:
>
> —¡Callate vos, que ni con dos apellidos hacés uno solo!
>
> Imaginate que soportás la desgracia de llamarte Pedro Mastronicola. Bueno, no, eso es demasiado, eso no tiene defensa, mismo en la clase media... (6). Les diré que en caso de apuro, nada mejor que recurrir a las calles. En un tiempo, con el Grillo, lo enloquecíamos a Sayús, que es un snob, diciéndole que le íbamos a presentar a Martita Olleros, a la Beba Posadas... Los subtes, les doy el dato, son un verdadero filón. Tomen, por ejemplo, la línea a Palermo, que no es de las mejores. Sin embargo, funciona casi desde la salida: Chuchi Pellegrini (medio sospechoso, pero así y todo da cierto golpe, porque al fin el gringo fue presidente), Mecha Pueyrredón, Tota Agüero, Enriqueta Bulnes. ¿Realizan? (páginas 256-258).

Vamos a señalar primero algunas fuentes: unas internas (de la novela misma) y otras externas. En dos pasajes de la obra, Alejandra, la protagonista trágica, amante incestuosa de su padre, aparece con plena conciencia de que en las calles de la ciudad todavía persisten esos apellidos patricios:

---

(6) Como confirmación de lo que dicen Quique-Sábato, léase el comentario que un escritor de la burguesía alta de Buenos Aires hizo sobre un ministro de Economía (Dagnino Pastore), que lo fue de uno de los regímenes militares (1969-1970). Este ministro vino a reemplazar a otro que había sido el candidato de esa clase:

«El ministro estaba escasamente vinculado a la burguesía porteña y a los intereses financieros y económicos que la determinaban. Daba la impresión de sentirse cohibido por ella. No comprendía del todo que la burguesía había perdido la base esencial de su poder, que residía en la capacidad para definir quién se sentaba en el sillón que él estaba ocupando. Se propuso ganarla... En esto no podía tener éxito. Por un lado había llegado en sustitución del personaje que más apreciaba ese grupo y sin consulta previa. Por otro, esta burguesía podía perdonarle un apellido de raíz itálica. Difícilmente le perdonaría dos...»

Roberto Roth: *Los años de Onganía*, 4.ª ed. (Buenos Aires: La Campana, 1981), p. 337.

«... sí, el de la calle: es lo único que nos va quedando, nombres de calles...» (p. 89).

«Papeles, nombres de calles. Es lo único que nos va quedando. Hernandarias es antepasado de los Acevedo. En 1550 hizo la expedición en busca de la Ciudad Encantada.

Ahí está Buenos Aires. El tiempo que a los hombres
trae el amor o el oro, a mí apenas me deja
esta rosa apagada, esta vana madeja
de calles que repiten los pretéritos nombres
de mi sangre: Laprida, Cabrera, Soler, Suárez...
Nombres en que retumban ya secretas las dianas,
las repúblicas, los caballos y las mañanas,
las felices victorias, las muertes militares... (7)

Alejandra, Quique, Borges, los tres reiteran la conciencia de pertenecer a una clase oligárquica cuyos nombres persisten en los de ciertas calles de la ciudad. Quique, de modo irónico y apelando a su conocida ambigüedad (que no por eso deja de señalar esa conciencia de formar parte del grupo); Alejandra, con cierta tristeza; Borges, con elocuencia de oda clásica y orgullo de casta. Todos se sienten identificados en este sentimiento grupal y aristocrático. Esta insistencia en los nombres, y en el problema de los nombres, debe llevarnos a pensar que también el autor de la novela ha sentido este hecho como digno de reflexión. Y debemos suponer que en él este problema se da de modo conflictivo. Mientras en los tres personajes citados encontramos la natural aceptación de una realidad vivida con cierto orgullo y comodidad, en este último debemos pensar en algo no resuelto, insoluble (8). ¿Cómo interpretar esta constante referencia a ese hecho que, a primera vista, parece mostrado como una preocupación subalterna, inimportante? Si sólo en boca de Quique apareciera esta referencia, deberíamos interpretarla como una ironía del autor destinada a mostrar la tontería —la falta de importancia— de tal hecho. La risa provocada por las afirmaciones de Quique convertiría ese asunto apenas en un motivo de ironía: «véase cómo esta

(7) Es un pasaje del conocido poema de Borges, «La noche cíclica».

(8) Obsérvese esto: en diversos pasajes de la novela aparecen referencias a este aspecto positivo o negativo (socialmente) de los apellidos. Además de los ya citados: pp. 207-208, italianos «de antes» y «de ahora»; p. 225, «apellido italiano»; p. 231, apellidos ingleses y criollos; p. 540 «... Juan Galo de Lavalle, descendiente de Hernán Cortés y de Don Pelayo...». etcétera. La conclusión es que existe un problema, una conciencia preocupada por el asunto. Y esto es lo que queríamos señalar. Varios pasajes de su obra ensayística comentan este aspecto: «¿Quiénes podemos ser argentinos,» (defensa aguda y eficaz de la obra argentina de los italianos), ver E. S., *Páginas vivas* (Buenos Aires: Kapelusz, 1974), pp. 97-101. Joaquín Neyra, *Ernesto Sábato* (Buenos Aires, Ed. Culturales Argentinas, 1973), p. 132 y p. 149 (acusado de ser judío, nuestro autor señala los apellidos y jerarquías de sus ascendientes; en una entrevista en España, otra vez se hace referencia a apellidos y orígenes), etc.

clase en decadencia se preocupa por cosas que son secundarias...». Esto es lo que daría a entender nuestro novelista. Pero la reiteración del tema, la utilización del poema de Borges (usado aquí con evidente intención de argumento prestigioso), obligan a pensar que se trata de algo positivo, de algo sentido como importante por el autor. No es sólo la chistosa preocupación de un personaje de segundo orden. Es algo vivido y sentido por quien escribe como un conflicto íntimo, existencial y social. ¿Qué hay detrás de todo esto?

La primera respuesta es la de decir, simplemente, que Sábato quisiera pertenecer al grupo, y no forma parte del mismo. Nuestro escritor pertenece a la clase media de origen inmigratorio italiano. Como otros tantos millones de argentinos, este integrante de la burguesía profesional argentina está preocupado —*siente como una minusvalía*—, el hecho de no integrar esa clase. Y como otros tantos miembros de la misma, en lugar de afirmar su presencia a través de la posesión (o el ejercicio) del poder, defendiendo y viendo los valores de su clase como positivos, asume una actitud devaluadora frente a los valores del nivel social al que pertenece. Quiere, quisiera como tantos otros miles de su mismo nivel social, poseer y afirmar los valores de la clase que le ha retaceado y negado ese poder. *Y son esos valores los que finalmente se afirman a través de la novela.* Y esa afirmación se da, se manifiesta de dos maneras: *a)* ¿qué es lo devaluado, ya por medio de la ironía, ya por medio de la sátira, ya a través del sarcasmo y el titeo? (como hemos visto en el caso de Quique); *b)* ¿qué es lo fundamental de la obra, a nivel de personajes, de actitudes y de valores mostrados y afirmados...? Como veremos, lo devaluado a través de la sonrisa o la risa son los valores burgueses de la clase media. Lo afirmado son los valores —a través de los personajes principales, de las acciones y omisiones de esas acciones, de la visión pasatista y conservadora— de la clase patricia.

Ya hemos visto qué se ataca a través de las palabras de Quique. Su humorismo es siempre devaluador, una forma de agresión axiológica, destructora de valores.

El «Informe sobre ciegos» permite escuchar en la obra la voz y las ideas desaforadas y vesánicas de ese personaje extraño y malvado llamado Fernando Vidal Olmos. Como el mismo Sábato declaró, se han puesto en boca de ese personaje ideas del autor (9). Y lo que

(9) A esta pregunta de un crítico: «¿Es Bruno personaje autobiográfico?», Sábato respondió: «He puesto en él, deliberadamente, algunas de mis ideas más conocidas, y eso ha hecho creer a muchos lectores que el personaje me representa. Pero observe que lo mismo hice con Fernando. Más aún: he puesto elementos míos en los cuatro personajes centrales...» (*Ensayos*, p. 479). Ya vimos que también en Quique se dan esas identidades; mostraremos otras en el mismo personaje.

llama la atención es la dirección de muchas de esas ideas, su sentido. Esas ideas aparecen a veces copiadas de modo textual; otras, están veladas por un aura de absurdo, humorismo negro y sarcasmo. Describiendo el barrio de Buenos Aires llamado la City, que es la zona de los bancos, cuando ha cesado la actividad diurna, escribe Fernando:

> Pero también por la soledad sagrada que reina en esos lugares cuando el Dinero descansa. Una vez que los últimos empleados y gerentes se han retirado, cuando se ha terminado con esa tarea agotadora y descabellada... en que verdaderas multitudes depositan con infinitas precauciones pedazos de papel con propiedades mágicas que otras multitudes retiran de otras ventanillas con precauciones inversas. Proceso todo fantasmal y mágico pues, aunque ellos, los creyentes, se creen personas realistas y prácticas, aceptan ese papelucho sucio donde, con mucha atención, se puede descifrar una especie de promesa absurda, en virtud de la cual un señor que ni siquiera firma con su propia mano se compromete, en nombre del Estado, a dar no sé qué cosa al creyente a cambio del papelucho. Y lo curioso es que a este individuo le basta con la promesa, pues nadie, que yo sepa, jamás ha reclamado que se cumpla con el compromiso; y todavía más sorprendente, en lugar de esos papeles sucios se entrega generalmente otro papel más limpio pero todavía más alocado, donde otro señor promete que a cambio de ese papel se le entregará al creyente una cantidad de los mencionados papeluchos sucios: algo así como una locura al cuadrado. Y todo en representación de Algo que nadie ha visto jamás y que dicen yace depositado en Alguna Parte, sobre todo en los Estados Unidos, en grutas de acero. Y que toda esta historia es cosa de religión lo indican en primer término palabras como *créditos o fiduciario* (pp. 294-295).

A través de la locura lúcida de Fernando, Sábato reitera aquí ideas que ya habían aparecido en *Hombres y engranajes,* donde señalaba nuestro escritor que la abstracción renacentista llevará a la técnica, a las letras de cambio y a la ciencia: tres formas de dominar el mundo y la raíz de la deshumanización del hombre del siglo XX (10). En un apartado de ese libro, titulado «El universo abstracto», se lee:

> ... el imperio del hombre se multiplicó desde el momento en que comenzó a reemplazar las cachiporras por logaritmos, y los lingotes de oro por letras de cambio... Lo mismo con la economía: a medida que el capitalismo se desarrolla, sus instrumentos se hacen más pujantes, pero más abstractos...

(10) A. Prieto ha señalado que todas las ideas de este libro están tomadas de A. von Martin, *Sociología del Renacimiento* (no tengo esta obra a mano). Véase «Nota sobre Sábato», *Centro,* n. 4, Buenos Aires, diciembre de 1952, pp. 10-13.

> No debe sorprendernos que el capitalismo esté vinculado a la abstracción, porque no nace de la industria sino del comercio; no del artesano, que es rutinario, realista y estático, sino del mercader aventurero, que es imaginativo y dinámico. La industria produce cosas concretas, pero el comercio intercambia esas cosas, y el intercambio tiene siempre en germen la abstracción, ya que es una especie de ejercicio metafórico que tiende a la identificación de entes distintos mediante el despojo de sus atributos concretos *(Ensayos,* pp. 174-175).

En varios pasajes, Fernando se ríe de la inocente fe en la Ciencia y en el Progreso que caracterizó al movimiento socialista argentino:

> Pero el Progreso de las Ideas era incesante y tarde o temprano al Amanecer era inevitable. Mientras tanto, había que luchar contra las fuerzas organizadas del Estado, había que denunciar la Impostura Clerical, había que minar al Ejército y promover la Educación Popular. Se fundaban bibliotecas en que no sólo se encontraban las obras de Bakunin o Kropotkin, sino las novelas de Zola y volúmenes de Spencer y Darwin, ya que hasta la teoría de la evolución les parecía subversiva, y un extraño vínculo unía la historia de los Peces y Marsupiales con el Triunfo de las Nuevas Ideas. Tampoco faltaba la *Energética,* de Ostwald, esa especie de biblia termodinámica en que Dios aparecía sustituido por un ente laico, pero también inexplicable, llamado Energía, que, como su predecesor, lo explicaba y podía todo, con la ventaja de estar relacionado con el Progreso y la Locomotora (p. 312).

Casi exactamente lo mismo había escrito el joven Sábato en 1951:

> Y aquellas bibliotecas en que se acumulaban libros de tapas blancas, con el retrato del autor en un óvalo: Reclus, Spencer, Zola o Darwin, ya que hasta la teoría de la evolución parecía subversiva y un extraño vínculo unía la historia de los peces y marsupiales con el Triunfo de los Nuevos Ideales. Y tampoco faltaba la *Energética* de Ostwald, esa especie de biblia termodinámica, en que Dios aparecía sustituido por un ente laico pero también enigmático, llamado Energía que, como su predecesor, lo explicaba y lo podía todo, con la ventaja de estar relacionado con la Locomotora *(Ensayos,* p. 148) (11).

Hay pasajes en que la ironía de Fernando Vidal es la de Sábato, quien a través de su personaje recuerda satíricamente hechos reales

(11) La termodinámica es una rama de la Física que interesó durante años a Sábato. Hasta llegó a proponer una nueva teoría sobre el primer principio de la termodinámica. Véase la obra de Neyra, citada en nota 8, pp. 105-123, y M. A. Correa: *Genio y figura de E. Sábato* (Buenos Aires, Eudeba, 1973, 2.ª ed.), pp. 79-80.

de la vida histórica argentina. A continuación del pasaje citado, Fernando recuerda:

> Hombres y mujeres que se encontraban en estas bibliotecas se unían luego en libre matrimonio y engendraban hijos a los que llamaban Luz, Libertad, Nueva Era o Giordano Bruno. Hijos que la mayor parte de las veces, en virtud de ese mecanismo que lanza los hijos contra los padres o, en otras, simplemente, merced a la complicada y generalmente dialéctica Marcha del Tiempo, se convertían en meros burgueses, en rompehuelgas y hasta en feroces persecutores del Movimiento, como en el caso del renombrado comisario Giordano Bruno Trenti (p. 312).

Aquí habla el autor. Hubo miles de hijos e hijas que sobrellevaron (y sobrellevan) esos nombres de pila, y que actuaron exactamente de modo opuesto al designio de los padres. El «comisario» del que aquí se habla, existió. Fue un tristemente célebre «profesor» que en los años de 1944 a 1946 sometió a la Universidad de Buenos Aires a una feroz purga ideológica acompañada de bastonazos, cárceles y cesantías. En la realidad histórica se llamó Giordano Bruno Genta..., y una sola de sus cesantías colectivas echó a la calle alrededor de 600 catedráticos... (12).

Pocas líneas más tarde, Fernando-Sábato ironizan tenebrosamente sobre el tratamiento poco amistoso que los republicanos españoles soportaron en los campos de concentración franceses, después de ser derrotados en la guerra civil:

> Dejé de ver a Iglesias cuando empezó la guerra de España... En 1938 se refugió en Francia, donde seguramente tuvo oportunidad de apreciar los fraternales sentimientos de los ciudadanos de ese país y las ventajas de la Vecindad y del Conocimiento sobre la Lejanía y la Ignorancia Mutua... (pp. 312-313).

A las ironías contra el progresismo y cientifismo de los socialistas, suma Fernando su desconfianza frente a la creencia argentina en la enseñanza primaria como la panacea que puede solucionar todos los problemas:

> Con algunos libros de historia y con la sección policial de los diarios de la tarde en la mano me veía obligado a explicarle (a una maestra socialista) el ABC de la condición humana a esta pobre diabla que se había educado bajo la dirección de distinguidas educadoras y que creía, más o menos, que el alfabetismo re-

(12) Episodio que significó la cesantía del mismo Sábato, véase *op. cit.* de M. A. Correa, p. 81, y A. Dellepiane, cit., p. 21.

solvería el problema general de la humanidad: momento en que yo le recordaba que el pueblo más alfabetizado del mundo era el que había instaurado los campos de concentración para la tortura en masa y la cremación de judíos y católicos. Con el resultado, casi siempre, de levantarse de la cama, indignada contra mí, en lugar de indignarse contra los alemanes: ya que los mitos son más fuertes que los hechos que intentan destruirlos, y el mito de la enseñanza primaria en la Argentina, por disparatado y cómico que parezca, ha resistido y resistirá el ataque de cualquier cantidad de sátiras y demostraciones (pp. 302-303).

En varios lugares el ensayista Sábato ha dicho esto mismo; elijo uno de ellos:

> James Mill, en el buen tiempo viejo, imaginaba que cuando todos supieran leer y escribir estaría asegurado para siempre el reinado de la Razón y de la Democracia. ¡Pobre James Mill! Abrir escuelas, «educar al soberano», etcétera, etcétera. Pero ¿para enseñar qué? Bastaría recordar que el pueblo más instruido del mundo fue el alemán. Es extraño que todavía haya gente que siga creyendo en este mito *(Ensayos,* p. 194) (13).

Algo parecido ocurre con la idea popular sobre los caracteres nacionales. Fernando Vidal se ríe de ella con ferocidad. Está hablando con la dueña de una pensión y comenta la honradez de su esposo muerto (que se llamaba Etchepareborda):

> —Hacía honra al apellido —comenté.
> —Así es, señor Vidal.
> Honradez de los Vascos, Flema Británica, Espíritu de Medida de los Franceses, mitos que, como todos los mitos, son invulnerables a los pobres hechos. ¿Qué pueden significar, en efecto, coimeros como el ministro Etcheverry, energúmenos como el pirata Morgan o fenómenos como Rabeldais? (pp. 347-348).

Ya en la primera obra de su pluma, nuestro autor se reía de este mito *(Ensayos,* p. 44); y poco más adelante:

> Nunca he podido comprender el entusiasmo con que muchos se aferran a una teoría tan manifiestamente falsa; la historia muestra hasta el cansancio que no hay caracteres nacionales invariables... Hay gente que sólo se siente tranquila cuando esquematiza: el *esprit de mesure* de los franceses, el *sense of humour* de los ingleses, el mercantilismo de los judíos... *(ibíd.,* p. 65).

---

(13) Esta oposición a la enseñanza primaria recuerda un poco a esas madres que sostienen que los hijos pequeños no deben usar cuchillos, porque a veces se producen con ellos heridas; o la de quienes se oponen a la educación sexual, diciendo que provoca en los niños un interés inmoral y prematuro por el sexo...

Lo mismo repetirá, en *Heterodoxia* al referirse a la falsa logicidad de ciertas lenguas *(ibíd.*, pp. 384 y 387); o al hacer el elogio de Pedro Henríquez Ureña *(ibíd.*, p. 809), etc.

Fernando Vidal —además— comparte con Sábato una especial inquina contra Suiza, representativa del espíritu burgués. Y al hablar de ese país, Fernando apela —sin quererlo— al denostado mito de los caracteres nacionales:

> Vacilé un momento con respecto a la nacionalidad de los anarquistas, pero me decidí al fin por Suiza a causa de la enorme magnitud del dislate, ya que para una persona normalmente constituida creer en anarquistas suizos es como aceptar la existencia de ratas en una caja fuerte. La primera vez que pasé por ese país tuve la sensación de que era barrido totalmente cada mañana por las amas de casa (echando, por supuesto, la tierra a Italia). Y fue tan poderosa la impresión que repensé la mitología nacional..., los mitos nacionales son fabricados a propósito para describir el alma de un país, y así se me ocurrió en aquella circunstancia que la leyenda de Guillermo Tell describía con fidelidad el alma suiza: cuando el arquero le dio con la flecha en la manzana, seguramente en el medio exacto de la manzana, se perdieron la única oportunidad histórica de tener una gran tragedia nacional. ¿Qué puede esperarse de un país semejante? Una raza de relojeros, en el mejor de los casos (p. 313).

En dos pasajes de la novela, uno extenso, Quique y Fernando hacen alusión a la condición femenina. Fernando, que repite ideas del escritor, mantiene un largo y cortante diálogo con la maestra socialista Norma Pugliese y su amiga («de género epiceno», dice Vidal Olmos), Inés González Iturrat (cap. XI del «Informe sobre ciegos», páginas 327-334). Todo el pasaje es una sátira contra el feminismo y sus sostenedores. Para no alargar demasiado estas notas, nos limitaremos a dar una breve síntesis de las ideas principales:

a) Las mujeres son diferentes de los hombres; las diferencian sus caracteres primarios (sexo y aspecto físico) y secundarios (inteligencia y aptitudes).

b) A la mujer le está vedado el razonamiento filosófico (no ha habido nunca una filósofa), el aprendizaje de la filosofía la deja indiferente, no la afecta en absoluto... Tampoco le atrae el pensar teórico (matemática, física). La mujer está destinada a la maternidad y a las cosas, al pensamiento mágico y a lo real y concreto.

c) La señora Curie no fue un genio; solamente descubrió —por casualidad— un nuevo elemento.

Fernando, en esta actitud negativa y despreciativa, llega al sarcasmo y al mal gusto:

> Y que los únicos razonamientos que para la mujer tienen importancia son los que de alguna manera se vinculan con la posición horizontal. A la inversa de lo que pasa con el hombre. Motivo por el cual es difícil poner a un hombre y a una mujer en la misma posición geométrica en virtud de un razonamiento auténtico: hay que recurrir a paralogismos o al manoseo (p. 338).

Líneas más adelante, leemos:

> Pero si el hombre tiene tan poco que ver con la lógica, ¿qué puede esperarse de la mujer?... (p. 339).

Este especial determinismo está datado, corresponde a los años cincuenta, cuando tuvieron lugar dos hechos que explican estos y otros pasajes de la novela. Uno es el de la traducción al español de la conocida y ruidosa obra de Otto Weininger, *Sexo y carácter*, que constituyó un verdadero éxito de público en la Argentina. Weininger, un seudofilósofo que se suicidó a los veintidós años (nació en 1880 y matóse en 1903), y que sólo aparece en muy contados diccionarios enciclopédicos, escribió un volumen ferozmente determinista y negativo contra el sexo femenino (14). Muchas de sus ideas —desdichadamente— influyeron en las que entonces y aún después manejó Sábato sobre la mujer. En 1952 nuestro escritor mantuvo una extensa y ruidosa polémica sobre el sexo con Victoria Ocampo, que se publicó en la revista fundada por la ya entonces conocida escritora (15). Allí están —desarrolladas a veces con buen humor y agudeza— muchas de las postulaciones de Fernando Vidal. Y, en *Heterodoxia*

(14) Imposible leer aquí la traducción española de la obra de Weininger; no he tenido acceso a la traducción inglesa. Tampoco he podido ver David Abrahamsen: *O. Weininger. Mind and death of a genius* (New York, Columbia U. Press, 1946).

(15) La polémica comenzó con un artículo de Sábato: «Sobre la metafísica del sexo», *Sur*, núm. 209-210, marzo-abril 1952, pp. 24-47. Victoria Ocampo respondió con «Carta a Ernesto Sábato», *Sur*, núm. 211-212, mayo-junio 1952, pp. 166-169. Respuesta de Sábato, *Sur*, número 213-214, julio-agosto 1952, pp. 158-161, y una elegante nota final de Victoria, ibíd., páginas 161-164. El artículo primero comenzaba así: «De los pensadores que han reflexionado metafísicamente sobre el sexo, los que más me han impresionado son Weininger, Bergmann y Simmel. De los tres, Weininger es el más contundente. Para el conocimiento de la mujer siguió una metodología enérgica y sacrificada: no tuvo nunca relaciones con el sexo opuesto..., ascético y desdeñoso, profirió centenares de páginas contra la mujer sin haber tenido contacto con una sola. Su onanismo filosófico se descarga con furia sobre su bestialidad, su repugnante sentimentalismo, su esencial carencia de moral: ese monstruo no tiene memoria, no puede discriminar entre el bien y el mal, ni entre la verdad y el error, no reconoce el valor de la Ley, no tiene conciencia intelectual, no es capaz de concebir el Tiempo ni la Eternidad, no posee esencia ni existencia; no forma parte de la realidad ontológica, no tiene alma, carece de voluntad autónoma...». Es notable comprobar que párrafos íntegros de ese artículo serán puestos en boca de Fernando Vidal Olmos. Y, como hemos señalado, esas ideas reaparecerán en los *Ensayos* del autor.

encontramos numerosos apartados dedicados al tema. En «hombre y mujer» *(Ensayos,* pp. 277-286), Sábato ironiza sobre la supuesta identidad de los sexos, que niega absolutamente. Sostiene además que en todo ser humano están en potencia los caracteres de ambos sexos, una especie de Ideal masculino y femenino, que se actualiza determinando el sexo de cada uno y los comportamientos respectivos; el Hombre persigue en su forma extrema (el científico, el filósofo), las ideas puras y abstractas; la Mujer rechaza la abstracción (no ha habido filósofas en toda la historia...), y está destinada a la maternidad; el Hombre va desde la realidad hacia las ideas generales y abstractas; la Mujer parte de lo descabellado a la realidad, va hacia las cosas, a lo cotidiano y concreto; racionalizar el Universo y a Dios es empresa masculina; la mujer confía en la intuición, lo irracional y lo mágico; por eso la mujer es la inventora de las artes útiles, e indirectamente de la industria; el hombre crea el comercio y la gran industria, dos formas de abstracción extremas.

Aquí influyen ideas no sólo de Weininger y de Simmel, sino también alguna feliz frase de Ortega; leemos en un pasaje de los *Ensayos:*

> Habrá siempre un hombre tal que, aunque su casa se derrumbe, estará preocupado por el Universo. Habrá siempre una mujer tal que, aunque el Universo se derrumbe, estará preocupada por su casa (p. 79) (16).

En un momento del comienzo del libro, Quique le dice a Wanda:

> —¡Ah, la femme! Wanda: sos la perfecta mujer de Weininger. Bombones, prostitución, comadreo. Te adoro.
> —¿Weininger? —preguntó Wanda—. ¿Qué es eso?
> —Justo, justísimo —dijo Quique—. Te adoro (p. 193).

Si comparamos esto con un pasaje de los *Ensayos,* tendremos su fuente inmediata. Más interesante sería examinar todos los supuestos que se esconden detrás de esas cortas líneas de diálogo... (17).

---

(16) Si se recorren los *Estudios sobre el amor* de Ortega y Gasset, se encontrarán muchas de estas ideas y simplificaciones similares de opuestos: la mujer (vida cotidiana, gusto por el chismorreo, el lujo, el adorno, intuición, importancia de lo corporal, superficialidad); el hombre (vida pública, tendencia a la grandeza, teorización, separación neta de lo corporal y lo intelectual, profundidad, interés por el mundo, mientras la mujer se interesa por su casa...).

(17) «Dice La Rochefoucauld que los defectos nacen de la exageración de las virtudes. Las virtudes de la mujer son su altruismo por la especie, su capacidad de sacrificio personal por los hijos y los hombres bajo su cuidado. Por eso mismo su mundo es concreto y pequeño, personal, vital. Pero de ahí a las pequeñeces y, lo que es peor, a la pequeñez hay un paso; y al egoísmo de la hormiga, al comadreo, al chismorreo pequeño, a los celos viscerales» («Los defectos de la mujer», *Ensayos,* p. 328).

La ironía devaluadora, el sarcasmo, el chiste, son recursos que se suman a otros; veamos ahora la sátira. Martín está sin trabajo. Por consejo y recomendación de Alejandra, va a ver a un hombre de empresa llamado Molinari, con el que mantiene una larga conversación (cap. II de la segunda parte, pp. 156-168). Mientras se pregunta si tiene sentido hablar con el empresario, Martín, distraído, ha entrado en el gran *hall* del edificio. Tiene lugar ahora la más extensa y detallada descripción de un interior y de la ropa de un personaje que aparece en toda la novela. El pasaje crea en el lector la sensación de un narrador ambiguo: por una parte refleja la creciente molestia y el rechazo de Martín ante lo que ve, por otra entrega la sátira y el desprecio del narrador omnisciente (¿habla aquí el autor?) (18). A. Dellepiane ha analizado con agudeza tanto al personaje como al episodio:

> La descripción es de un tipo y responde a una visión estereotipada y sarcástica... Todo es falso y pedante en Molinari..., el hombre de negocios frío y calculador... que ha llegado muy alto en la escala económica y social... Sábato está poniendo en tela de juicio todo un estrato de la sociedad argentina, y el personaje (es) desagradable por su intrínseca falsía.
>
> Sábato ha colocado a Molinari en un ambiente que constituye el marco y fondo adecuados para que resulte aún más toda... su falacia, su artificialidad... (pp. 236-237).

El ataque —que termina con los vómitos que en Martín produce el encuentro con tan deleznable tipo social—visiblemente va dirigido contra el burgués por excelencia: el nuevo rico que ha hecho su fortuna gracias al peronismo... Y en Molinari, el novelista ha destilado un extracto de los aspectos más negativos de esa burguesía. A lo ideológico se suma aquí lo político: primero el rechazo de lo burgués, con su sentimiento de aquiescencia ante el dinero y sus poderes, a lo que se agrega el ataque a lo adventicio y basto del «nuevo rico». Por fin, el desprecio hacia estos nuevos ricos nacidos de un gobierno que se decía «obrerista» y que además era dictatorial (así, creo, deben entenderse las satíricas referencias al *gigantismo* del edificio, la sala de espera, el despacho, los sillones, etc.). Y como aura general, el reproche moralizante: además de proburgués, el peronismo era dictatorial e inmoral.

---

(18) Descreo de esa afirmación según la cual quien habla en la obra no es jamás el autor, o de aquella, más siniestra aún, que afirma que en la obra literaria «el lenguaje se dice a sí mismo...».Este escamoteo de la Historia, de la Realidad y de la voluntad humana, excluidas de la obra de arte, es falso y críticamente peligroso. *Nos guste o no, la literatura no es inocente.* Es la obra de un hombre, no del Lenguaje. Un hombre en el que influyen su vida, su tiempo, sus ideas y creencias, sus temores y angustias, sus odios y amores.

Si ahora volvemos atrás y examinamos cuáles son las realidades criticadas en la novela a través de la ironía, el humor y la sátira, llegaremos a interesantes conclusiones. ¿Qué es lo devaluado, lo señalado como deleznable? Aunque parezca increíble, lo atacado son una suma de valores burgueses: aquellos en los que creyó (y cree, todavía hoy), la burguesía media argentina. Desprecio por el valor del dinero y sus formas más desarrolladas, el comercio y la industria. Ironía contra la creencia burguesa en el poder transformativo de la educación, desconfianza ante el poder de la ciencia, la razón y la técnica, y rechazo de la igualdad reclamada por el feminismo. Visión determinista de la mujer y de sus posibilidades futuras.

Pero si ahora consideráramos la novela como una totalidad, veríamos algunos hechos sorprendentes. ¿Cuáles son los personajes que realmente *actúan* en la novela, los personajes *dinámicos,* aquellos que a través de su voluntad y de sus acciones transforman las situaciones estables, los *actantes? Todos pertenecen a la clase alta.* Alejandra y Fernando son los que *actúan;* Martín y Bruno funcionan en la obra como personajes-testigos, como testimoniantes. La acción real está en manos de Alejandra y de su padre. En los pasajes históricos el recuerdo va hacia Lavalle, otro miembro de esa clase (recuérdese sus nombres y antecesores, desde Pelayo a Cortés...). Aunque muerto, lo que se narra es una forma de continuación de su propia existencia y drama.

¿Qué valores burgueses aparecen encarnados en la obra? El del trabajo, el esencial de la burguesía, parece ser algo no practicado nada más que por Molinari y el camionero (pintoresco) con el que Martín se irá al Sur, a comenzar una nueva vida. Los personajes de la obra no trabajan; nadie tiene un empleo, ni un negocio, ni una industria. Nadie produce nada válido a nivel de mercado. Ni Alejandra ni su padre, ni Martín ni Bruno, producen lo que comen. Son todos consumidores puros, típicos representantes de la clase ociosa. Y, como hemos visto, por debajo de lo irónico está siempre presente un rechazo de ideas y valores burgueses (el dinero, el capitalismo, la ciencia, la técnica, economía, cientificismo, progreso, igualdad de la mujer, educación, etc., son vistos como deleznables). ¿Por qué?

Sábato es un típico representante de la clase media culta argentina de origen inmigratorio. Clase tironeada entre el deseo de tomar el poder político y ejercerlo, y una permanente aquiescencia a los valores de la clase alta. Esta burguesía ha renegado de lo más característico y lo más positivo de sí misma: ha creído en, o ha sido encandilada por los valores de la clase alta. Es una clase obsesionada por el deseo de ser aceptada y de afirmar los valores de aquella

que le disputa su derecho y su capacidad para ejercer el poder político al que tiene derecho. Ignorante de sus posibilidades concretas, ha intentado siempre imitar y asumir los aspectos menos valiosos de la clase que —directa o indirectamente— le domina. Este cuadro, que es evidentemente esquemático, y que merecería un examen mucho más detallado y meditado de asunto tan complejo, se complica extraordinariamente cuando de lo social o económico o político, se pasa a lo intelectual. Sábato, con muy buena información histórica, sabe bien que entre Molinari, típico representante de los nuevos ricos del peronismo, y los saladeristas, matarifes, fonderos, pulperos, contrabandistas, soldados o sargentos, que iniciaron las fortunas de la mayor parte de los «patricios» de la Argentina, hay sólo cien años de riqueza, nada más. Aquellos fueron tan inmorales, tan ambiciosos, tan agresivos y tan bastos en la consecución de la riqueza, como éstos. Ni los títulos de nobleza pueden ser aducidos ya que, como se sabe, no los hubo ni se compraron en el Río de la Plata. ¿Cómo explicarse la condena absoluta que a través del personaje Molinari se hace caer sobre esta clase de ascenso?

En nuestro novelista funcionan dos coordenadas simultáneas de autorrepresión ideológica. Una, política; otra, moral. Política e ideológicamente, Sábato viene de una juventud marxista y comunista (como lo ha declarado él mismo varias veces en sus *Ensayos).* Este origen es el que, cuando abandona el comunismo, lo impele a seguir viendo el capitalismo y la burguesía, y todos los procesos históricos que acompañaron a esa clase y a ese proceso, como negativos. Así se explica la ironía contra Suiza, quintaesencia del espíritu burgués y la condena de la razón, el dinero y la técnica, productos del capitalismo y de la burguesía... Y el rechazo de muchas de sus creencias más constantes, desde la educación, el progreso, el cientificismo, hasta el feminismo y el dinero.

Lo ético ha sido uno de los argumentos más constantes de las clases altas argentinas, para oponerse a los gobiernos populistas y a los movimientos políticos que los encarnaron. No es necesario aquí citar los ejemplos del radicalismo (1916-1930 y 1958-1966) y del peronismo (1946-1955 y 1973-1976); en todos los casos, los golpes militares que derribaron gobiernos democráticamente elegidos, ya fueran Yrigoyen, Perón, Frondizi o Illia, lo hicieron para «terminar con la corrupción y el desorden...». Parte de esa corrupción, representante de esa inmoralidad en la novela, es el señor Molinari. En él se suman lo inmoral y lo burgués. Y, *last but not least,* el hecho de ser un advenedizo, el pecado de no pertenecer a la clase patricia. Condena de la burguesía, y de sus ideales y valores; condena de la

clase media inmigratoria; elogio —indirecto— de los valores de la clase a la que pertenecen Alejandra, Fernando, Lavalle. Ese pasatismo está muy bien expresado a través de un personaje menor, Tito d'Arcángelo, cuando en su jerga le dice a Martín:

> —Pero —dijo— todo eso pasó. A veces me pongo a pensar, pibe, que a este país todo ya pasó, todo lo bueno se fue pa no volver, como dice el tango... (p. 119) (19).

Estos aspectos de la obra son una manifestación clara de esa forma de suicidio de clase que explica el fracaso histórico de la burguesía argentina de origen inmigratorio, escindida entre la defensa de sus intereses y el ejercicio del poder, y el reconocimiento intelectual de los valores de la clase que no le ha permitido conservar ese poder. Lo cómico, entonces, funciona como instrumento devaluatorio y destructivo de valores. No como intermedios lúdicos.

RODOLFO A. BORELLO

University of Ottawa
Modern Languages and Literatures
OTTAWA, Ontario K1N 6N5 (CANADA)

(19) Andrés Avellaneda señaló algunas de estas constantes en la novela estudiando otros aspectos de la misma, «Novela e ideología en *Sobre héroes y tumbas*», *Bulletin Hispanique*, LXXIV, 1972, pp. 92-115.